



EL SABOR DE LO QUE FUIMOS

— Lis Meler —



Lis Meler

**El sabor de
lo que
fuimos**

Primera edición: noviembre de 2025

© Copyright de la obra: Lis Meler

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 978-84-129073-9-1

Código ISBN digital: 979-13-990262-9-0

Depósito legal: B 14979-2025

Corrección: Juan Carlos Martín

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

©Grupo Editorial Angels Fortune

www.angelsfortunedititions.com

info@angelsfortune.com

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

La vida no es un cuento de hadas, aunque
ciertos capítulos nos lo puedan parecer.

*El cambio es doloroso, pero nada es tan doloroso como
quedarse atascado en un lugar al que no perteneces.*

Mandy Hale

Prólogo

Barcelona, enero de 2015

Giró la llave con la firme intención de entrar, pero se quedó inmóvil. No se atrevía a abrir aquella puerta envejecida por el paso del tiempo. Apartó la mano de golpe, y se quedó observando la inútil danza del llavero, que colgaba aún de la cerradura.

Sin darse cuenta, se alejó unos pasos hacia el rellano y miró a su alrededor, como si necesitara comprobar que todo era real. ¡Había ido todo tan deprisa!

La finca era hermosa y clásica, de esas que un día fueron puro esplendor, y otro dejaron de serlo. ¿Un reflejo de su propia vida, tal vez?

Acarició las portezuelas del antiguo ascensor, mientras regresaba vacilante hacia la puerta. Se detuvo ante aquel llavero diminuto —heredado de vete a saber quién—, y contempló la llave que parecía esperar, paciente, a que alguien la liberara de su encierro. Entonces sonrió.

Alargó la mano, cerró los ojos para aspirar con fuerza el aire nuevo de aquel lugar viejo y, poseída de una energía inédita, giró la llave, abrió la puerta y entró.

La madre naturaleza es una grandísima puta.

Carlos Ruiz Zafón

Capítulo 1

La mancha

Tossa de Mar, 1967

Desde allí arriba, rodeada por los cañones de defensa de la Vila Vella, experimenta una inédita sensación de seguridad y un cierto vértigo, poderoso y excitante, donde la grandeza de aquel azul la transforma en el ser más pequeño y a la vez más inmenso de la tierra.

Desde que rescataran a aquellas bestias de hierro de las profundidades del mar*, se escapaba sin decir nada a respirar ese bálsamo de libertad, mientras el pueblo que la había visto nacer reposaba a sus pies. Pero, tarde o temprano, algún vecino la acababa encontrando.

—Julia, ¿qué haces aquí sola? —preguntaba el descubridor con simulada sorpresa, mientras la niña miraba con resignación al inminente delator.

Nunca se resistía. Sabía que en cualquier momento volvería a subir, intentaría acariciar las alas oro y magenta de las mariposas, que revoloteaban ingravidas solo para

ella, y que su amigo cerúleo no se movería, esperándola para dejarse contemplar nuevamente, pletórico y arrogante.

—Mirad a quien me he encontrado junto a los cañones... otra vez —anunciaba eufórico el rescatador de la niña «perdida», mostrándola como si fuese un trofeo.

—Ay, otra vez esta criatura, ¡qué manía con marcharse todo el santo día allá arriba! ¡¡Gerard, la niña se ha vuelto a escapar!! —llamaba Magda para que saliese su marido.

Su padre se quedaba mirándola con ternura, le estrechaba la mano y se la llevaba hacia los fogones para embadurnarle la naricilla de harina, prometiéndole que le enseñaría a hacer unos postres tan deliciosos, que cualquiera que los probara podría tocar el cielo con sus propios dedos. Gerard Montoliu supo enseguida que su pequeña tenía un don, y esperaba que con el tiempo ella misma se diera cuenta.

A media mañana, la madre la obligaba a preparar las mesas junto a sus hermanos, con el fin de tenerlo todo listo para los comensales que tenían que venir, ya que, de todos era sabido, en Casa Montoliu siempre hacían pleno.

El *cim-i-tomba* de la abuela Cesca, los *fideus rossos* de Magda, y los postres de Gerard, eran bien conocidos por los tosesenses. Desde hacía décadas, los barceloneses disfrutaban de esa cocina casera con sabor a mar, y se dejaban aconsejar por cualquier miembro de aquella familia bendecida con el saber hacer de antaño. Y es que los Montoliu se habían forjado a base de tradiciones, recetas

ancestrales y nacimientos un tanto peculiares, de los que todo el mundo estaba al corriente, hasta el punto de que parecía que formaban parte de la historia de todo un pueblo, y no de una sola familia.

Una noche lluviosa y fría de noviembre, los gemelos llegaron tras un parto de más de diez horas tan complicado como peligroso. Aun así, y después de perder más sangre de la debida, y buena parte de la conciencia debido al extenuante esfuerzo, Magda acabó dando a luz a un niño y a una niña de carnes rosadas y facciones delicadas.

A raíz de aquello, el matrimonio no se planteó tener más descendencia, pero tres años más tarde, la llegada de Julia desbarató para siempre aquel propósito.

Magda se aferró al consuelo de un embarazo de lo más confortable, en el que, a diferencia del primero, la imprevista criatura le pareció ligera como el viento de Levante.

Días antes de lo esperado rompió aguas, y los jóvenes padres tuvieron que dejar precipitadamente a los gemelos al cuidado de la abuela Cesca.

Al ponerse al volante del 1400, Gerard pensó que la suerte les venía de cara, pues hacía solo dos semanas había ido a buscar aquel cochazo, conduciéndolo de Barcelona a Tossa, y provocando la admiración y envidia de sus convecinos, al atravesar el pueblo con un vehículo de tal categoría. ¡Qué equivocado estaba!

A los cinco minutos, Magda presintió que algo no iba

bien. Las contracciones se habían hecho más intensas, más penosas, cuando empezó a notar una presión y un dolor insoportables en las partes bajas. Instintivamente se palpó, y notó la cabecita caliente y viscosa de aquel bebé, que no parecía dispuesto a esperar ni un segundo más para aterrizar en el mundo.

—Frena, Gerard, ¡¡que el niño ya está aquí!! Ve a casa de María de ca l'Arnau, que ya no tenemos tiempo —gimió la mujer, angustiada por el intenso dolor.

Justo cuando aporreaba la puerta con todas sus fuerzas, Gerard percibió cómo una brisa suave se empezaba a alzar, y una mujer rolliza salió corriendo para hacer entrar a la parturienta en la casa, pero Magda ya no era capaz de moverse.

—¡Dios bendito! —exclamó la mujer.

—Pero ¿qué es lo que tiene? —se angustió el futuro padre.

—Pues que esta criatura lleva casi media cabeza fuera, y si no la sacamos ahora mismo, se ahogará —vaticinó María.

La hija de la partera ya se acercaba a ellos con una palangana de agua tibia y trapos limpios, que el viento húmedo de Levante se divertía arremolinando entre sus dedos.

Las manos expertas de la comadrona se limitaron a acompañar a la niña por el camino que ya había empezado a recorrer sin encomendarse a nadie. A diferencia de los gemelos, las prisas con las que Julia se aposentó en la vida,

un hecho que podría parecer irrelevante, la marcarían para siempre.

Y es que aquel magnífico coche acabó como el escenario de una tragedia griega, impregnado de un tufo agrio proveniente de la mezcla de fluidos y de sangre, que Gerard tardó días en limpiar. Probó con todo lo que caía en sus manos, pero nunca quedó pulido del todo; una mancha irregular y oscura tiñó por siempre jamás la tapicería de aquel Seat que, en un instante, dejó de ser nuevo.

Los tosenses, que se habían hecho eco del parto precipitado e inusual, chafardeaban sin vergüenza alguna.

—¿Qué, Gerard, ya has conseguido sacar la mancha? ¿No? Pues ten, anda... Prueba con esto, que mi mujer dice que es mano de santo.

Y así, un día tras otro, la niña que trajo el viento de Levante quedó adherida para siempre a aquella mancha que, más pronto que tarde, acabaría convirtiéndose en «la mancha de Julia».

Acerca de la autora



Lis Meler nació en Barcelona en 1973, y su conexión con el Mediterráneo y el arte se refleja en una mirada literaria sensible, luminosa y profundamente humana. Su primera novela, «El color de agosto», conquistó a los lectores con una historia cercana y vital. Inauguró un universo narrativo íntimo, revelando su capacidad para percibir y transmitir los matices más sutiles de sus personajes. Esa misma esencia se mantiene y se intensifica en «El sabor de lo que fuimos».

Apasionada de las historias que se entretajan con el tiempo, construye sus novelas como un viaje íntimo por los pliegues de la memoria, escribiendo desde la necesidad de entender los sentimientos que marcan una vida.

«El sabor de lo que fuimos» consolida su cálida voz narrativa, dando un paso más en la exploración de las raíces familiares, los secretos silenciados y el peso de las decisiones.

Con una prosa cuidada y evocadora, Meler vuelve a hilvanar una historia que emociona y deja poso.